

DIVERSIDAD, SELECCIÓN, HERENCIA

Germán García

www.descartes.org.ar

I

Me encontré con los escritos de Jacques Lacan por la mediación de Oscar Masotta, con quien había comenzado a estudiar lingüística entusiasmado con la crítica literaria expuesta por Roland Barthes en *El grado cero de la escritura*.

Héctor Schmucler, que había estudiado en París con Barthes, me invitó a participar en su revista *Los Libros*, que difundía la constelación “estructuralista” y que llegó a vender siete mil ejemplares antes de que el torbellino de la violencia política se la tragara, como a tantas otras cosas.

En el año 1970 estaba en análisis, publicaba mi segunda novela y estudiaba a Sigmund Freud inducido por la lectura de Jacques Lacan, a quien leíamos de manera regular con Oscar Masotta.

Pero, como dijo Hegel sobre nuestra América: “Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como país del porvenir, América no nos interesa porque el filósofo no hace profecías”. Esta gentileza de Hegel fue respondida de diversas formas por varias generaciones de pensadores, desde Ciudad de México hasta Buenos Aires.

Entre todas me quedo con la respuesta de Macedonio Fernández: “Las ideas que voy a exponer son absolutamente mías, nadie las encontró en otro autor antes que yo”. Fin de la originalidad romántica.

II

Para transformar el eco del viejo mundo y el reflejo de vida ajena, mediante la revista *Literal* –surgida de un cambio de orientación de *Los Libros*, que dejó la política cultural y el sueño de la autonomía del campo literario por la subordinación de la política pura y dura– nos apoyamos en el barroco de Lezama Lima, en diversos autores ahora conocidos, para proponer una literatura de la dispersión contra la literatura del *boom*, dispuesta a maravillarse con milagrerías pintorescas. Jacques Lacan estuvo allí con su clase de *El Seminario 20* dedicada al barroco.

La pasión mimética de nuestra cultura creó en poco tiempo un teatro de sombras chinescas: cada autor de la constelación estructuralista tuvo su reflejo local. Esto circulaba por fuera de las instituciones (tanto de las universitarias, como de las psicoanalíticas). Las editoriales, las revistas y los medios imponían lo que después se convertiría en “programa” de alguna carrera.

Oscar Masotta resumió en una frase de 1969 el horizonte de expectativas que se había configurado: “Si la audiencia espera –escribió–, es porque no tiene nada”.

Esta audiencia con las manos vacías no estaba formada por los analistas calificados de entonces, sino por una diversidad de inquietudes que se dirigían a la lingüística y la antropología estructural, a la versión del marxismo de Althusser, a la crítica literaria a lo *Tel Quel*.

III

Nada de esto se hubiese cruzado con el psicoanálisis sin el mal de amores que reinaba entre la carrera de psicología y los psicoanalistas, en un momento en que el psicoanálisis estaba subordinado a la medicina. Esos amores entre un Póros analítico y una Penía psicológica, entre médicos intachables y psicólogos tachados para el psicoanálisis, facilitaron la entrada de Oscar Masotta, provenía de la filosofía.

Proyecto editorial, publicación de una revista, clases particulares y algunas espectaculares en la Facultad de Psicología, mos-

traron que Póros también podía vestir un saber que, de manera performativa, se proponía como su propia legitimidad. El programa de Oscar Masotta sobre Sigmund Freud, inspirado en el “Índice razonado...” que Jacques-Alain Miller hizo para los *Escritos* de Jacques Lacan, empezó a despejar la nebulosa. Unos para aquí, otros para allá. “Muchos son los llamados y pocos los elegidos”, aunque el algoritmo de Darwin es más preciso: diversidad, selección, herencia.

Cuadernos Sigmund Freud llama Oscar Masotta a su revista, porque se trata de la herencia de Sigmund Freud inducida por el retorno que propone Jacques Lacan.

Las obras de Sigmund Freud –superado en los años cincuenta– vuelven a circular, algunos aprenden a leer francés sobre los *Escritos*, y se ponen a estudiar algo de alemán.

Las tendencias antinorteamericanas (que van de la derecha a la izquierda) facilitan esta transferencia cultural que comienza, como siempre, por una resonancia semántica, sigue con suerte por la sintaxis, y es posible que conduzca a una lógica.

No era fácil cruzar las contingencias de un análisis (en mi caso, precipitado por la muerte de mi padre y el nacimiento de mi primer hijo) con lo que se presenta como necesario en lo que se estudia.

Primero, mediante el análisis uno quiere saber qué le pasa. En ese camino puede ocurrir que se vuelva hacia el psicoanálisis como doctrina y se eternice en la rumia, cosa que entonces facilitaba la oposición entre clínicos y teóricos.

Recuerdo que trataba de leer *El yo y el ello* como creía entender que era una lectura estructural. El título es el álgebra del texto, había aprendido. Luego seguir la lógica de los supuestos, las demostraciones, las oposiciones, etc. En un punto, de la galera de Freud sale el superyó, aparentemente porque no le dan las cuentas con el yo y el ello. Se lo comenté a Masotta con cierta perplejidad. ¿Se puede inventar un término en cualquier momento, y cambiar el rumbo de lo que se demostraba? La única manera de saber que no se trata de un delirio, dijo Masotta, es practicar el psicoanálisis.

Ya no era saber qué pasa con uno, ni convertirse en erudito del psicoanálisis, sino saber cómo funciona eso, y si en verdad funcio-

na. El encanto semántico, los cabos sueltos de las sintaxis, conducían a un momento pragmático.

De la misma manera que la lectura en grupo condujo a la creación de la Escuela en 1974. Aquella Escuela, como se sabe, no soportó la dictadura militar. Masotta murió en el exilio, y varios de los que firmamos su fundación pertenecemos a la EOL embarcados en otra diversidad, en otra selección y en otra herencia: la de un psicoanálisis transformado de manera irreversible por Jacques Lacan.

En particular, llegué hasta aquí por el encuentro con Éric Laurent y Jacques-Alain Miller en 1980, en Barcelona. Fue un nuevo comienzo, después de una ruptura dolorosa con lo anterior, que me condujo a otro análisis. Masotta había muerto hacía unos meses, fui expulsado de la Escuela Freudiana de la Argentina (EFA), estaba solo en Barcelona.

Encontré en Jacques-Alain Miller un mentor.

Quiero resumir estos veinte años, tanto como el sentido que tiene este homenaje para mí, en lo que dijo Jacques Lacan en 1977:

La tristeza, nos dice Dante, es el mayor pecado. Es preciso preguntarnos cómo nosotros, comprometidos en el campo que acabo de delimitar, podemos, sin embargo, permanecer fuera.

Todos saben que soy alegre y hasta travieso: me divierto. Constantemente me sucede, en mis textos, que hago bromas que no son del gusto de los universitarios. Es cierto. No soy triste. O más exactamente, no tengo más que una sola tristeza en lo que ha sido el curso de mi vida: que haya cada vez menos personas a quienes puedo decir las razones de mi alegría, cuando las tengo.